



En busca del tiempo sefardí perdido

Abraham B. Yehoshúa *

Mi padre sacó a la luz su primer libro, *Infancia en la vieja Jerusalén*, cuando cumplió los sesenta, tres años después de que yo publicase mi primer libro de cuentos, *La muerte del anciano*, y desde entonces continuó escribiendo con implacable energía. Hasta su muerte, el 25 de diciembre de 1992, vieron la luz doce libros que describen las costumbres y vida de las comunidades sefardíes a fines del siglo XIX y comienzos del XX. También publicó dos libros en árabe sobre la historia del periodismo en Palestina en esa misma época, basados en sus investigaciones para una tesis de doctorado que no llegó a completarse.

Nuestra familia acostumbraba a bromear diciendo que cuando yo saqué el primer libro, él dijo: "¡Si él publica yo también puedo y tengo derecho a hacerlo!" Y así fue cómo, durante 17 años, los libros de mi padre fueron más numerosos que los míos. En cierta medida, siento que él comenzó a escribir porque yo me convertí en escritor y con ello le otorgué fuerza y legitimidad emocional para ir en busca de su tiempo perdido.

Cuando comenzó a publicar sus recuerdos de infancia en la revista de la comunidad sefardí *Bemaarajá*, no pensé que se trataba del comienzo de una tarea intensa y prolongada, de un largo viaje, profundo y detallado a las fuentes de la vida sefardí en Jerusalén. Más bien me pareció un capricho pasajero, la necesidad de recuperar sus recuerdos, sobre todo tras la muerte de sus padres, a los que se sentía estrechamente unido. Yo veía el destino de mi padre ligado a su tarea científica. Esta introducción no tiene el propósito de brindar una biografía de mi padre. Él mismo se ocupó de hacerlo en sus libros, en los que integró su propia historia y la de su familia de manera tan agradable y detallada. Esta introducción lo que intenta es comenzar a responder a las preguntas que me dan vueltas continuamente en la cabeza: ¿Dónde reside tu sefardismo? ¿En qué consiste? ¿Por qué en tus obras no aparecen aquellos antiguos sefardíes que tu padre describía tan bien? ¿Por qué tú mismo hablas como un ashkenazí, sin la jet ni la ain con la resh gutural? ¿Por qué la realidad que narra no transmite nostalgia alguna por tus raíces? En

una palabra, se me considera un completo asimilado, y creo que la gente lo ve como un defecto moral.

En primer lugar, me niego por supuesto a pedir disculpas. No acepto que el hijo de inmigrantes polacos, rumanos o húngaros tenga derecho a borrar el acento de sus padres, sus concepciones religiosas y sus tradiciones y convertirse en israelí y que, en cambio, el hijo de judíos orientales no tenga ese mismo derecho porque su comunidad adolece de una básica debilidad existencial en comparación con las ashkenazíes; es decir, que está permitido "dejar" al fuerte pero está

¿DÓNDE RESIDE TU SEFARDISMO?
¿EN QUÉ CONSISTE? ¿POR QUÉ EN TUS
OBRAS NO APARECEN AQUELLOS ANTI-
GUOS SEFARDÍES QUE TU PADRE DES-
CRIBÍA TAN BIEN? ¿POR QUÉ TÚ MISMO
HABLAS COMO UN ASHKENAZÍ, SIN LA
JET NI LA AIN CON LA RESH GUTURAL?

prohibido "abandonar" al débil. Esta es una noción equivocada e inhumana en su base. Pero sí debo, si no disculparme, explicarme al menos a mí mismo por qué no me identifico abiertamente con los rasgos sefardíes de mi familia. La causa principal, me parece, está relacionada con mi madre y con los mensajes profundos que nos transmitió a mi hermana y a mí. Ella no era sefardí sino marroquí, hija de una rica familia de la ciudad de Mogador. Tras la muerte de su madre, su padre se marchó de la ciudad dejando en ella a ocho hijos y llevándose consigo sólo a las dos hijas menores y al hijo más pequeño, y vino a establecerse en Eretz Israel. Así fue cómo mi madre llegó al país en 1932; para ella la antigua comunidad sefardí a la que pertenecía mi padre no era menos extraña que la mayoría ashkenazí sionista de Israel y, por supuesto, no sentía compromiso afectivo alguno hacia ella. Su idioma era el francés, no sabía ladino, y cuando pocos años después de casarse con mi padre, el suyo murió y ella vio su destino unido al de esta tierra, consideró que lo correcto era li-

garse emocionalmente con el elemento nuclear del país, que era sionista y ashkenazí, y no con uno que le parecía marginal. Por esa razón nos enseñó, tanto en lo práctico como en lo emocional, que ese mundo y su historia debían ser nuestro foco de identificación e imitación. Insistió en que estudiásemos en el Gimnasio Hebreo, que era una escuela secundaria predominantemente ashkenazí, y no en el colegio sefardí Tājkenoni, ni siquiera en la escuela religiosa Maaleh, pese a que ella misma era muy fiel a la tradición.

Pero hay más: tampoco nuestro padre nos presentó a su mundo sefardí como base exclusiva de pertenencia e identidad. Durante nuestros años de infancia y adolescencia, los héroes que mencionaba no eran precisamente los rabinos o los notables sefardíes, sino los altos funcionarios judíos del gobierno mandatario con los que trabajaba, egresados de la Universidad Hebrea, y los estudiantes rusos con los que había compartido el Gimnasio Hebreo en la década del veinte. De éstos nos hablaba con entusiasmo, quizás hubo en su pasado algún intenso amor oculto por una joven rusa. No es, pues, de asombrar que me contagiara ese amor, que me llevó no sólo hacia la literatura y la música rusas sino, como una carta con la dirección exacta, hacia la esposa rusa que me esperaba en el futuro.

Los antiguos sefardíes, los ancianos de la familia y otros, eran sólo parte del cuadro y no lo que más invitaba a una identificación. Los años de preparación del Estado generaron otros tipos de héroes, a los que contemplaba durante horas desde mi ventana sobre la calle King George, yendo y viniendo entre el cine Tel Or y el edificio de la Histadrut, primero sólo con los uniformes color kaki y los gorros tejidos, y luego también con fusiles y jeeps. Eran pocos, humildes, y jamás los convertí en figuras románticas y mitológicas para luego destruirlos desmitificándolos. No los asociaba para nada con mi abuelo, que andaba por las calles de Jerusalén con una túnica negra y un tarbush, y que, al cruzármelo a veces yendo con mis compañeros del Gimnasio Hebreo, me provocaba cierta confusión y vergüenza. Quizás los abuelos de mis compañeros se li-



asemejaron, pero ya no existían, desaparecieron allá lejos en la Diáspora, en el Holocausto, mientras el mío estaba ahí, paseando por una Jerusalén totalmente distinta, que le pertenecía más de lo que le pertenecía a todos los inmigrantes de Europa oriental, pero que lentamente estaba desapareciendo y escapándosele de las manos.

No considero que mi caso haya sido especial. Quienes abandonaron Meah Shearim y se secularizaron han experimentado lo mismo, los hijos de los yenes sufrieron traumas ante la insistencia de sus madres de hablar solamente alemán, y sobre las madres polacas leemos actualmente tratados psicoanalíticos. Cada uno tuvo su propia orientación en cuanto a la identidad, sus propios problemas e impulsos, como ocurre en todo crisol inmigratorio. En ese momento no supimos exactamente qué dejábamos atrás, pero todos teníamos claro hacia dónde ir, especialmente mi madre: debíamos orientarnos hacia la nueva realidad israelí en formación, en la que se desdibujaban los rasgos de identidad onerosos e indeseables. Y hasta ahora me pare-

ce que el fervor ideológico que acompaña mis justos argumentos en favor de lo israelí, se origina también en la simple razón de que ese israelismo terminará por eliminar las diferencias comunitarias que tanto temí en su momento.

Mi sefardismo empezó a convertirse en material de archivo, un archivo no pequeño y ciertamente no clausurado, pero muy definido, que se abría de vez en cuando pero se mantenía cerrado la mayor parte del tiempo. Desde entonces experimento la sensación de un juego especial con compartimientos dobles, que más tarde le dio, así lo creo, un carácter especial a mi creación; esta última siempre procuró mantener un carácter multifacético que ha irritado e irrita a muchos de mis críticos. Todo ese simbolismo de compartimientos múltiples proviene en alguna medida de una vida en la que tuvo lugar un cierto ocultamiento de la identidad en no pocos de los más importantes escritores israelíes, como mis amigos y coetáneos Amos Oz, Itzhak Orpaz y David Schitz, cada uno a su manera, y lo que ese ocultamiento generó en su obra. Yo viví la duplicidad de

mi identidad sefardí sin los conflictos culposos que quizás habrían asediado a un escritor judío asimilado en alguna metrópolis europea. A fin de cuentas, no quise ser ashkenazí sino israelí, y ésa era una buena meta ideológica, moralmente correcta y acertada desde todas las perspectivas. También acarreaba —para ser totalmente honesto conmigo mismo— una cierta comodidad, sobre todo al aislarme de las olas inmigratorias llegadas de los países árabes a comienzos de los cincuenta y de todos sus problemas. El aferrarme a un sefardismo diluido constituyó una buena solución.

Traducción: Revista Aníel.

***Abraham B. Yehoshúa.** Es uno de los máximos autores israelíes. Es actualmente conferenciante mayor en literatura en la Universidad de Haifa, donde reside. Entre sus obras más importantes figuran *La esposa liberada* y *El señor Mani*.



Foto: Andrés Barba, viaje por Israel. Andrés Barba, Escritor, fue segundo premio de Anagrama con *Las hermanas de Katia*. Ha realizado varias exposiciones de sus fotos de viajes.